

# COOPERACIÓN, DIÁLOGO: ¿SON LAS PALABRAS MÁS APROPIADAS?

Néstor García Canclini

<sup>1</sup> Profesor-Investigador  
Distinguido de la Universidad  
Autónoma Metropolitana, UAM-I

Habría que comenzar rescribiendo el diccionario de la cooperación. Las palabras más empleadas a lo largo de décadas de reuniones de presidentes y ministros son: diálogo, intercambios, concertación, raíces históricas, desarrollo común, encuentro de culturas.

Una primera observación histórica sobre estas nociones es que han correspondido a una época de declaraciones retóricas bien intencionadas más que de acciones efectivas. Es un ejercicio decepcionante releer los discursos y documentos de las cumbres regionales y confrontarlos, años después, con las estadísticas de logros y fracasos de los programas de modernización y democratización educativa, televisión iberoamericana, cooperación científica y técnica, el “mercado común del conocimiento”, la “libre circulación de estudiantes, científicos y de bienes culturales”, “detener el éxodo profesional”, “vincular la educación con los procesos socioeconómicos”, o sea las tareas prometidas en la Segunda Cumbre Iberoamericana efectuada en Madrid, en el emblemático año de 1992.

Sería instructivo un análisis del conjunto de los factores socioeconómicos, políticos, culturales y comunicacionales que han influido para que tales objetivos estén aún por cumplirse, y algunos se muestren aún más rezagados que en los momentos en que se proclamaron. Inquieta que los mismo términos y propósitos sigan apareciendo una y otra vez, hasta en las reuniones de ministros y “altas autoridades de políticas culturales de Iberoamérica” realizadas en 2006 (Santo Domingo y Montevideo), y que, pese a la urgencia de tales acciones, sean ubicadas como partes de los “objetivos del milenio”.

Sólo alteran la monotonía de ver repetidas crónicamente las mismas declaraciones unos pocos hechos: los avances de Ibermedia en la coproducción cinematográfica; la propuesta de extender a las artes escénicas esta política de efectiva cooperación mediante el programa Iberescena; el apoyo dado por las cumbres de 2006 a la iniciativa de Televisión Cultural Iberoamericana de México, a

partir de su canal 22, y a los aportes de España y Brasil por sus programas de producción de contenidos.

Se advierte, asimismo, un signo de realismo pragmático en los párrafos dedicados por las reuniones de Santo Domingo y Montevideo a apoyar la creación de Observatorios de Desarrollo Cultural, o centros de información e investigación afines, que contribuyan

a “orientar los procesos de toma de decisión en el ámbito de las políticas culturales”, “definir claramente sus públicos”, cómo formar nuevas audiencias y vincular con las nuevas tecnologías los proyectos de fomento a la cinematografía y “la televisión pública cultural de calidad”. La sugerencia de crear Observatorios de Desarrollo Cultural cuenta con un formato elaborado por un grupo de expertos, con el auspicio de México, España y la OEI, pero hasta ahora el reconocimiento de la importancia de disponer de estadísticas y estudios regionales para diseño y políticas es sólo un pronunciamiento formal, que no incluye, como sugirieron los expertos, la creación de un fondo que impulse esa actividad y haga posible construir redes de interconexión y comparabilidad de los datos. La concreción de esta iniciativa, como suele ocurrir con las decisiones de las cumbres y los organismos intergubernamentales, depende de que cada gobierno no sólo las suscriba sino que la adopte como programa de Estado y destine recursos para su realización. Es sabido que la formación de un fondo regional, que coparticipe, puede estimular a los gobiernos nacionales para que se comprometan.

Los hechos resumidos precedentemente indican una tendencia a avanzar en el modo de concebir la cooperación y el diálogo entre naciones. Hasta fines del siglo pasado las relaciones internacionales en cultura casi siempre se reducían a tres tareas: a) difundir el patrimonio histórico de cada país en el extranjero mediante conciertos, exposiciones y participación en ferias y festivales; b) fortalecer el conocimiento recíproco entre naciones ya vinculadas por procesos históricos y afinidades culturales o políticas; c) dar, a veces, un tímido apoyo a los intercambios comunicacionales desde los Estados, teniendo en cuenta la expansión internacional de las industrias culturales y el interés de empresas influyentes en este campo por expandir sus mercados.

En general, ese enfoque –además de dar preferencia a las escenas de “alta cultura” como objeto de la cooperación- se imaginaba animado por una concepción humanista y conciliadora, no conflictiva, de las relaciones entre sociedades, bien expresada en la noción de diálogo. El avance de nuevas formas de interacción regional y global por las redes tecnológicas, los acuerdos de libre comercio y las migraciones masivas establece competencias y conflictos entre sociedades y culturas. Para percibir mejor la complejidad de los nuevos desafíos geopolíticos y geoculturales es útil seguir la variación de los conceptos organizadores de los discursos y acciones en el análisis de las relaciones internacionales.

**Unidad.** ¿Existen América latina o Iberoamérica? La búsqueda de un ser o una identidad latinoamericana persiste aún, ya menos como narrativa metafísica y más bien como afirmación de la presencia histórica en un territorio compartido y la unificación bajo dos lenguas predominantes: el castellano y el portugués. Sin embargo, aun historizada, esta unidad se vuelve problemática cuando se intenta que opere en procesos y acuerdos sociopolíticos. ¿Cómo desconocer las más de 400 lenguas indígenas existentes, correspondientes a unos 40 millones de habitantes, que cuestionan incluso el nombre de latina dado a América? Esto ha llevado a hablar de una América Indo-Española desde los textos de Germán Arciniegas, y más recientemente a reconocer en varias constituciones nacionales el carácter pluriétnico y pluricultural de vastos territorios.

Otras formas de diversidad histórica -los 150 millones de afroamericanos, las muchas modalidades de mestizaje, los enclaves de origen europeo y asiático- componen una heterogeneidad que no puede reducirse a utopías unificadoras voluntaristas. Las migraciones de las últimas décadas, de fuera y dentro de la región, han llevado a reconocer no una simple multiculturalidad sino una interculturalidad, con frecuencia conflictiva o resistente a simples diálogos. Las brechas educativas y comunicacionales han traído nuevas divisiones y segregaciones.

Por eso, en varios estudios se prefiere hablar de un espacio cultural latinoamericano o iberoamericano, incluyendo a España y Portugal, en el que coexisten muchas identidades, lenguas y modos de organización social (Garretón y otros, 2003). La cooperación en proyectos compartidos, cuya eficacia depende de la capacidad de asumir la diversidad, es más verosímil que la simple afirmación de una identidad común, o la persecución de unificaciones identitarias parciales – lo indígena, lo afroamericano, lo hispánico o ibérico, la latinidad, la tropicalidad-, cada una de las cuales incluye tanto convergencias como discrepancias e incompatibilidades.

La diversidad no puede resolverse con apelaciones a determinaciones biológicas o históricas. Compartimos un espacio histórico y lingüístico, pero no está claro si puede ser un mercado para la colaboración entre nosotros y la competencia con otros, y también un espacio público en el cual las controversias y la cooperación puedan ser negociadas en función de intereses colectivos y multiculturales. “Lo latinoamericano” no es un destino revelado por la tierra ni por la sangre: fue muchas veces un proyecto frustrado; hoy es una tarea relativamente abierta y problemáticamente posible.

**Integración.** En el área económica, donde las utopías unificadoras deben aterrizar en programas, se han creado instituciones y redes de cooperación desde hace medio siglo; en 1958, el Mercado Común Centroamericano; en 1960, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio; en 1959, el Grupo Andino; en 1973, la comunidad del Caribe. Salvo en el Pacto Andino, que tiene su proyecto de integración cultural en el Convenio Andrés Bello, y más recientemente en el

MERCOSUR, que incluye algunos programas para el fomento de intercambios audiovisuales y artísticos, los intentos de aligerar las aduanas han buscado casi exclusivamente la articulación económica entre las sociedades. Esta limitación, a la que puede atribuirse cierta responsabilidad en las frustraciones de intercambios de mercancías y de alianzas políticas duraderas, coloca a los países latinoamericanos en un nivel menor y más débil respecto de la Unión Europea.

Por supuesto, un análisis amplio de los fracasos o limitaciones de los programas integradores requiere, como se ha hecho en unos pocos estudios, examinar el incumplimiento de los convenios que originaron a esos organismos por conflictos internos de los países involucrados y frustraron los programas de integración regional. Las crisis petroleras de los años setenta y la acumulación irresponsable de deuda externa, más las dictaduras en el cono sur, Brasil y Centroamérica, fueron ahogando la acción independiente de toda la región. Luego, políticas monetarias erráticas, oscilantes entre hiperinflación y devaluaciones, redujeron los salarios, la capacidad de ahorro interno y la flexibilidad en las negociaciones internacionales. Entre tanto, los acuerdos comerciales del GATT (Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio) impuestos por los países industrializados y los condicionamientos del FMI para auxiliar a los gobiernos latinoamericanos estrangulados por las deudas arrinconaron las iniciativas de la ALALC (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio) y las solidaridades andinas, centroamericanas y caribeñas (Convenio Andrés Bello, 1999; García Canclini, 2002; Hirst, 1992).

A veces, se enuncian como integración acuerdos que se reducen a facilitar la liberalización comercial, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que desde 1994 enlaza las economías de Canadá, Estados Unidos y México, o el ALCA, Acuerdo de Libre Comercio de las Américas, propuesto por Estados Unidos para ser firmado en 2005, que ha suscitado resistencias o francos rechazos en muchos países latinoamericanos. Quizá las negociaciones por el ALCA sean el escenario donde más se evidencian las dificultades para la integración regional. Algunos investigadores y periodistas encuentran en este proceso la manifestación más patente de la desintegración latinoamericana: se teme que América latina se divida entre un sur más independiente, orientado a la izquierda, y un bloque mexicano-centroamericano plegado a Estados Unidos. O un bloque integrado por Chile, Perú, Ecuador, Colombia, América Central y México, asociado en acuerdos de libre comercio con Estados Unidos frente a otro bloque -Argentina, Brasil, Venezuela, Ecuador y Nicaragua- que se mantendrá al margen de esa política de solidaridad aduanera.

Los zigzagueos de varios gobernantes no pueden organizarse poniendo en la misma dirección los desempeños sociales, económicos, políticos e internacionales de estos países. En ningún caso, salvo en Bolivia, encontramos innovaciones estructurales, sino reagrupamientos tácticos dentro de las tendencias globalizadoras neoliberales. No se han producido cambios radicales en la distribución de la riqueza ni en la dependencia de la economía de fuerzas transnacionales (levemente el gobierno argentino al reducir la carga de la deuda

externa, y en forma incipiente Evo Morales y Hugo Chávez al renegociar el papel de empresas extranjeras en las economías boliviana y venezolana). Los gobiernos que se oponen al ALCA realizan alianzas tácticas, a veces con unos, a veces con otros, aun dentro de un mismo programa de “integración” como el MERCOSUR.

**Cooperación.** Pese a la problematización de la unidad y a los tropiezos de los programas integradores, la cooperación se ha mostrado parcialmente posible, pero las agendas de cooperación se concentran, sobre todo, en actividades económicas. No unifican a la región y tampoco ocurren sólo dentro de la región latinoamericana e iberoamericana. Importan cada vez más los actores externos a América latina: Europa, especialmente España, y Estados Unidos.

España se ha convertido en el primero o segundo inversor en los países más fuertes – Argentina, Brasil, México- y en varios más. Sus crecientes intereses en bancos, telecomunicaciones, explotación de hidrocarburos y otras áreas estratégicas, junto con la relación preferente con América latina impulsada por el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, están ampliando la cooperación económica y cultural, pero no se ve que esta mayor sintonía se concrete todavía en planes de desarrollo conjunto. Se habla de Comunidad Iberoamericana de Naciones, pero en la reunión de febrero de 2007, en Santo Domingo, del ministro de Asuntos Exteriores español, Miguel Ángel Moratinos, con los embajadores de ese país en América latina, éstos manifestaron impaciencia por los resultados de los últimos 25 años, preocupación por las inestables políticas gubernamentales y la propuesta de buscar interrelaciones más profundas “al margen de la política”, con las organizaciones culturales, los centros de investigación y pensamiento”, e incluso “la influencia diversa que tiene el millón y medio de latinoamericanos que reside en España.” (Campo, 2007:19) Estados Unidos, entre tanto, ante el fracaso del ALCA, rechazado en la reunión interamericana de Mar del Plata, en 2006, ha optado por acuerdos bilaterales de libre comercio con los gobiernos más adictos de la región. Sin embargo, las críticas recibidas por el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o NAFTA) o el escepticismo que generan en los candidatos a imitarlo sus perjudiciales efectos en México, más el desprestigio de Estados Unidos por su política en Irak, no auguran un papel de liderazgo integrador para los norteamericanos.

¿Qué ocurre, entre tanto, con la cooperación y la integración culturales? La mayoría de los Estados siguen concibiéndolas, como decíamos, basadas en las artes cultas y la literatura, en la circulación de exposiciones y conciertos, en la asistencia a ferias de libros y reuniones académicas. Como sabemos, otros movimientos de cooperación, diálogo e integración, mucho más poderosos y de alcance masivo, se desenvuelven en los intercambios comunicacionales propiciados por los medios y las industrias culturales. Incluso en el campo de la escritura y las artes, son las empresas editoriales y las redes de galerías, ferias, bienales y museos de arte privados, concebidas como grandes proyectos comerciales, las que más contribuyen a que las sociedades iberoamericanas se conozcan y dialoguen.

Si existe un espacio iberoamericano es, sobre todo, como espacio audiovisual. La radio y la televisión, con una cobertura promedio de 90 por ciento de los hogares en la región, manejada predominantemente por grupos privados, y en la televisión con algún grado de integración transnacional, se convierten en los actores protagónicos del diálogo entre culturas. Aun otras industrias culturales, a las que algunos confieren más valor cultural para representar a las sociedades y comunicarlas, como la música y el cine, pasan sus mensajes principalmente por radio y televisión.

¿Es pertinente hablar de cooperación en el campo audiovisual, dado que las radios y televisiones públicas con esta vocación son minoritarias y la mayor parte de los intercambios internacionales de los comunicadores privados están motivados por la competencia y la expansión de clientelas? Lo más parecido a una cooperación en términos comerciales, las llamadas alianzas, no han sido muy exitosas, ni las de Televisa en España, ni la de O'Globo en Portugal, ni las de PRISA con los sistemas radiales de México o Colombia. Como concluye el estudio de Enrique Bustamante y J.C. Miguel (2005), la transnacionalización regional e estos grupos ha conducido a "la dictadura del blockbuster o el fast-seller, en detrimento de la innovación local" y la comunicación intercultural compleja y plural.

Más que las nociones de cooperación o alianzas, en el campo audiovisual se aplican los conceptos de importación y exportación. Esto ocurre, como sabemos, con abismal asimetría: cada 20 programas televisivos que importan los países latinoamericanos, sobre todo de Estados Unidos, logran exportar uno (y sólo en los países de producción, mas internacionalizada: Argentina, Brasil y México). En cine, la proporción es aún peor, incluso en España, Francia o Argentina, los más protectores y diversificados en su tiempo de pantalla, en las salas (Sánchez Ruiz, 2004).

Coproducción y codistribución. Para crear un efectivo espacio cultural y comunicacional iberoamericano, en el que las nociones de cooperación y diálogo intercultural tengan sentido y peso, son necesarios acuerdos políticos y socioeconómicos más abarcadores y consistentes entre los actores públicos, privados y societales de la región.

El antes citado programa Ibermedia es un ejemplo de cómo pueden potenciarse los recursos culturales y comunicacionales, y eso también pone en evidencia los límites de una política que sólo encare la coproducción. De 1982 a 1998, antes de que iniciara Ibermedia, solo se produjeron 59 películas en esta cooperación entre España y América latina, en tanto en los últimos 6 años se hicieron 159 filmes gracias al fortalecimiento de los sistemas nacionales de apoyo en España, Argentina y México, así como por el impulso de ese programa de coproducciones. La incipiente formación de un espacio audiovisual común iberoamericano, que en el cine abarca hasta ahora a España y 12 países de América latina, indica un camino de coproducción e intercambios que podría extenderse a otras políticas

culturales. Tal vez podamos seguir avanzando en intercambios productivos si pasamos de la cooperación a la coproducción.

Dos críticas se han hecho a Ibermedia. Una es que ha promovido la coproducción sin lograr en muchos casos la distribución y exhibición de las películas iberoamericanas porque los sistemas nacionales de salas de cine están controlados por cadenas transnacionales anglosajonas. La otra objeción es que apenas comienza a plantearse una concepción audiovisual integral, que incluya la salida televisiva o en otros soportes de los filmes.

La constitución de un espacio de diálogo y cooperación iberoamericano requiere, asimismo, mayores financiamientos públicos, actualizar las legislaciones nacionales con vistas a los objetivos regionales, fortalecer la capacidad empresarial y comunicacional de acuerdo con las nuevas exigencias de digitalización de los intercambios culturales, y conocer nuestras audiencias, entender mejor sus gustos y su disponibilidad intercultural. La investigación tiene en todas estas dimensiones un papel decisivo. No es posible improvisar la orientación de nuestros movimientos; es indispensable que las políticas de cooperación se nutran en un conocimiento riguroso de las estructuras y los circuitos actuales de producción y distribución, así como de los consumos culturales.

Bustamante, Enrique y J.C. Miguel, "Los grupos de comunicación iberoamericanos a la hora de la convergencia", *Diálogos de la comunicación*, nº 72, Lima, 2005.

Campo Iván, "El reto de una nueva etapa en la relación con Latinoamérica" en *El País*, España, lunes 12 de febrero de 2007.

Convenio Andrés Bello y Ministerio de Cultura de Colombia, Economía & Cultura. un estudio sobre el aporte de las industrias culturales y del entretenimiento al desempeño económico de los países de la Comunidad Andina. Informe preliminar. Definiciones básicas, pautas metodológicas y primeros resultados en Colombia, Bogotá, noviembre de 1999.

García Canclini, Néstor, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Argentina, Paidós, 2002.

Garretón, Miguel Antonio (coord), *El espacio cultural latinoamericano, Bases para una política cultural de integración*, Chile, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Hirst, Mónica, "Condicionamiento y motivaciones del proceso de integración y fragmentación en América latina", en *Integración Latinoamericana*, Buenos Aires, Instituto para la Integración de América Latina, 1992.

Sánchez Ruiz, Enrique, “El audiovisual latinoamericano: el necesario redimensionamiento de un sector clave”, Telos, nº Octubre, 2004.

“Actualidad del Informe MacBride, a 25 años de su publicación”, EPTIC. Vpo. VIII, nº 6, septiembre, www.eptic, 2005.

Segunda cumbre Iberoamericana, Discursos y documentos, Madrid, España, julio 1992, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Extraído de: <http://www.redculturalmercosur.org/docs/Garcia-Canclini.pdf>